

## DE LA LUZ

[tras hacer la presentación Luis A. Bredlow]

Pues gracias una vez más a esta facultad de Filosofía, al profesor Alegre, al profesor Bredlow por haberme traído y acompañarme aquí, gracias a vosotros por vuestra asistencia, y voy a empezar justamente por una referencia que hace cuatro días hice en Madrid cuando Luis Bredlow y Félix Pérez Hita fueron allí a presentar la revista *Manía*, y entonces escogí un artículo chocante, unos extractos del que se llama Ret Marut (parece ser que es el novelista Traven) que había Luis Bredlow traducido y extraído para la revista, y lo recordaba sobre todo por su comienzo: es un ataque a la Matemática como lenguaje de la Ciencia, a la Matemática al servicio de la Ciencia, y empieza él haciendo costar una evidencia, una cosa de sentido común, casi una perogrullada, que es que efectivamente la recta no existe, la línea recta no existe. Esto se entiende mejor cuando os habéis acostumbrado a usar este verbo de las escuelas, ‘existir’, que se inventó para Dios hace unos cuantos siglos, queriendo ser el verbo que corresponde a la palabra ‘realidad’, también bastante moderna, también de la Edad Media, y de tal forma que se quiere decir que la línea recta no puede ser nada real. Efectivamente, es inútil que a la línea recta se la quiera hacer todo lo fina, tendiendo su finura a infinito, cosa que evidentemente nunca puede conseguir, y por tanto tiene que ser puramente ideal y de ninguna manera esta mezcla de ideal con otra cosa que es a lo que llamamos Realidad. La recta no puede ser real: para que una cosa sea real, tiene que ser por lo menos dos. Esto es algo que justamente podéis ver desarrollado, de una manera muy distinta y superferolítica, en el recuerdo del *Registro de recuerdos* que mañana saldrá en el diario La Razón, como suelen salir estos recuerdos (es mi última serie, ya desde hace años): para que sea real tiene que ser dos o más; tiene que ser por lo menos dos. Para que una cosa sea real, tiene que ser dos veces la misma cosa. Esto es evidente que de verdad no puede ser, una cosa no se da dos veces en verdad, pero en realidad sí. Precisamente en creer en ese imposible, en que la misma cosa se presenta dos veces, es en lo que consiste la Realidad. De manera que es una forma de darle razón, aunque sea un poco rápidamente, al axioma de Traven que niega la realidad de la recta.

Por mi parte en un libro que saqué ya hace muchos años en La Gaya Ciencia y no se ha republicado, un libro *De los números*, con el que comenzaba este ataque por mi parte también a la Matemática en cuanto puesta al servicio de la Ciencia y de la Realidad, entendía, en lo que allí se llama la DESIMPLICACIÓN QUINTA, entendía la cosa de otra manera: allí se identificaba ‘recta’ con ‘idea’, una idea que tiene esta condición de ser perpetuamente fiel a sí misma. De forma que no es que se declare que la recta es ideal, es que se dice que idea y recta son la misma cosa: en cuanto la idea se mantiene fiel a sí misma, entonces es cuando aparece como recta. De esta manera me ahorra allí, en esa especie de análisis geométrico, me ahorra el tener que contar con la mirífica noción de ‘punto’, que no hay por dónde agarrarla, porque de esa manera nos ahorramos todas aquellas tonterías de pensar la recta como una colección o serie de puntos, cosa que enseguida se ve que no tiene sentido, ya que el punto solamente queda definido por la intersección de dos rectas, dos rectas que son dos simplemente porque tienen dirección distinta, como parece inevitable, y así se entrecruzan, y el punto solamente aparece como intersección de dos rectas.

No me voy a detener tampoco en ello, pero ya comprendéis que esta cuestión de la recta tiene mucho que ver con el título y el tema de nuestra conversación de hoy. Frente a la

recta, por supuesto, eso a lo que se llama 'curva' ha de consistir en la perpetua infidelidad. Una curva es una idea que ni por un momento puede ser fiel a sí misma. Esto creo que se entiende de una manera sensitiva y sin explicarlo mucho. A pesar de eso, hay curvas diferentes; es decir, que una curva puede ser perpetuamente infiel a sí misma de diferentes maneras, a diferencia de la recta, con la cual no cabe tal cosa: dos rectas pueden diferenciarse por su dirección y así entrecruzarse, pero de ninguna manera por su figura: no puede haber dos rectas diferentes, mientras que parece que hay curvas diferentes. Pero en esto conviene detenerse un momento, porque, si lo pensáis bien, no se trata de dos curvas concretas que una sea diferente de la otra, sino diferencia entre clases, clases, clases de curvas. Hay evidentemente clases de curvas diferentes: hay hipérbolas, parábolas, circunferencias, todas las demás cosas que queráis y hasta la maravillosa curva que Traven proponía trazar empezando en cualquier sitio y dejando de trazar en cualquier sitio sobre la superficie de un huevo. Hasta ésa o cualquier otra de las no menos maravillosas curvas con que juegan frecuentemente los matemáticos, sobre todo al ponerse al servicio de la Física, de la Ciencia de la Realidad.

Bueno, pues de la luz se nos decía y se nos dice que es el ejemplo mismo de la rectitud, de la condición de recta; se nos quería presentar la luz como la aparición visible, real, de la recta, de esa recta que hemos declarado por otro lado imposible en la Realidad, por aquello que se decía, aquella otra definición de recta, "la mínima distancia entre dos puntos", esta definición que ha quedado demolida al paso (supongo que os habéis dado cuenta) en cuanto se niega uno a partir de ninguna noción de 'punto', que le parece imposible, pero se decía, "distancia mínima entre dos puntos", y esto lleva implicada la condición suprema de la velocidad de la luz. Supongo que no hace falta entenderlo mucho: si 'luz' es esencialmente 'rectitud', 'recta', cumpliendo lo de la mínima distancia, esto evidentemente, en cuanto tenemos que contar con 'movimiento' (y sin movimiento no hay Realidad), implica 'velocidad'; y así la luz quedaba obligada a cumplir esta condición de la velocidad en cierto modo suma, suprema, sobre la cual después volveremos otra vez.

Fijaos bien que estamos, aunque no lo haya proclamado de antemano, bailando en la cuerda floja, saltando entre los límites entre la Ciencia propiamente dicha, la Física, y el lenguaje especial al que solemos llamar una Geometría, una de las ramas de la Matemática. Son dos cosas enfrentadas entre sí pero que evidentemente, para el establecimiento y progreso de la Ciencia, tienen que de alguna manera intentar casarse, componerse; cosa que en verdad no pueden, pero que tienen constantemente que estar intentando Física y Geometría, como estamos viéndolo a propósito de la luz y de la recta.

Bueno, pero vamos a pasar a otra manera de considerar la luz. Porque la luz, aparte de la rectitud y la velocidad suprema, se consideraba también que era como la condición de ver, la condición de ver. Tal vez no debemos apresurarnos mucho a preguntar "ver ¿qué?", aunque es inevitable que lo hagamos, porque 'ver' parece un verbo transitivo en nuestra lengua: ver ¿qué?; es la condición de ver ¿qué?. Y si a ese "qué" responde algo que sea real, que sea la Realidad misma, entonces por ahí podremos llegar a palpar la condición híbrida y contradictoria de la Realidad; porque está claro para vosotros (supongo que no tengo que discutirlo mucho) que los ciegos pueden ver o percibir la Realidad igual que los no ciegos. No hace falta aparentemente la luz tomada de esa manera ingenua que os la he presentado: los ciegos pueden ver la Realidad igual que los demás (ya podréis comprobar, por desgracia, que cualquiera de los millones de afiliados a la ONCE u otras instituciones tienen un mundo exactamente igual que el vuestro, el de

los llamados videntes, sin la menor diferencia; no podéis esperar que surja ninguna cosa rara en las ideas de un ciego respecto a la visión de la Realidad; veréis que, con diferencias de minucia que no cuentan para nada en cuanto a la manera de leer o cosas por el estilo, participan con vosotros en las mismas nociones, en las mismas ideas acerca de la Realidad), de forma que esta costatación deja ya muy en entredicho la necesidad de la luz, la definición de la luz como condición de ver, si es que lo de ‘ver’ quiere decir ver cosas reales, ver la Realidad. La Realidad está evidentemente hecha, digamos por mitad, de ideas, y por tanto es perfectamente asequible a los ciegos sin intervención de la visión con luz. La Realidad está hecha –digamos al pasar, para después volver sobre ello un poco– por la colaboración entre estos dos elementos de la lengua que son los significados de las palabras que lo tienen, tal como ‘silla’ o ‘longanimidad’, y los cuantificadores, sin los cuales no hay tampoco nociones establecidas (si no hay por lo menos dos ovejas no hay tampoco ‘oveja’, idea de oveja), y sobre eso no voy a insistir, es una colaboración evidente entre significados y cuantificadores; y todo esto, en este nivel, aparentemente no tiene demasiado que ver con la luz.

Tengo que recordaros ahora, viniendo a los antiguos, que para la física rival de la que vendría a establecerse como ortodoxa, la de Aristóteles, en la física de Epicuro, la luz como medio para la visión de alguna manera ha quedado eliminada, porque todos los sentidos, todo el misterio de la percepción para Epicuro o su fiel Lucrecio se convierte en tacto (si no hay tacto, no hay percepción: *tactus enim, tactus...* comienza uno de los versos de Lucrecio) y por tanto también la vista es tacto, y la vista es tacto en el sentido de que las cosas (lo que a Epicuro ni a Lucrecio pero tampoco a ninguno de los físicos modernos se le ocurre es pararse ahí y preguntar ¿qué es cosa?, ¿qué es una cosa?. Pregunta indiscreta es la que nunca se hace en el curso de una ciencia, y tampoco en el curso de la epicúrea) las cosas, que se pretende que se sabe qué son y qué es cada una, están constantemente emitiendo *éidōla* en el término epicúreo, *simulācra*, que es la manera en que Lucrecio lo tradujo, *simulācra*, es decir, como capas de sí mismo; y es muy notable que, entendida de esta manera la percepción, lo de la velocidad de la luz, de que nos estamos ocupando aquí, se traslada a los “idolos” mismos, a los *éidōla* o *simulācra*. Estos *simulācra*, estas imágenes que se desprenden de las cosas, se desprenden a una velocidad que Epicuro llama *anypérblēton*, *an-hypérblēton*, es decir, “insuperable”, a una velocidad insuperable, que os debe recordar lo que antes he tocado también al decir “suprema” con respecto a la velocidad de la luz. Es una velocidad insuperable. También aquí tendríamos que pararnos un momento y decir ¿y eso?, decirle a Epicuro o a cualquiera: y eso ¿por qué?, ¿qué ley es la que hace que ésa sea la suma velocidad y que no pueda haber una velocidad mayor que ella, mayor por ejemplo que la de la luz o la del desprendimiento de los “idolos” epicúreos?; ¿qué ley es ésa?, ¿qué ley es la que hace que no haya más allá –para decirlo en general–, que no haya más allá, que tenga sentido para un físico hablar de una velocidad que es exactamente insuperable, lo cual quiere decir *non plus ultra*, una ley que implica, que impone el *non plus ultra*, el no más allá? Os dejo la pregunta abierta y salto a los físicos modernos, y especialmente a la actitud, más que a las teorías, de Einstein mismo.

A pesar de que Einstein, cuando dejaba de practicar en el lenguaje matemático de la Física, hizo alguna vez declaraciones como “las formulaciones de una física nunca pueden corresponder a la Realidad si son verdaderas, y si corresponden a la Realidad, no son verdaderas”, llegó a enunciar (esto ha llegado a mis oídos, a mis ojos, de alguna declaración suya fuera del juego) “o son verdaderas, y entonces no corresponden a la Realidad, o corresponden a la Realidad, y entonces no son verdaderas” (ésa es la distinción

elemental que tenéis que sostener, la contraposición entre verdad y Realidad), pues a pesar de estas formulaciones, ya metido más en el ajo, en el manejo de su lenguaje matemático al servicio de la Física, en sus teorías, seguía creyendo ingenuamente y en contra de físicos ya contemporáneos suyos que la Realidad de alguna manera tenía que estar ahí, estar ahí, ser en algún sentido palpable entre comillas, en fin, corporal, en fin, para decirlo más puramente, ajena al lenguaje con que la Física hablara de ella, exterior a, ajena a, el lenguaje con que la Física misma estuviera hablando de ella. Le parecía que, si no se mantenía esta condición ingenua, que realmente había regido toda la Ciencia, de alguna manera dejaba de tener sentido hablar de Realidad y dejaba de tener sentido que la Física pretendiera referirse a algo que no era la Física misma, a una Realidad exterior. Por tanto ya entonces a Einstein (“entonces” ya veis que es hace mucho tiempo, porque es hace ochenta y tantos años. La verdad es que si os fijáis en el curso del progreso de la Física, desde mediados de siglo casi no ha pasado nada interesante –me permito decirlo así–, todo había pasado por las primeras décadas del siglo), ya entonces, como consecuencia de lo dicho, se le aparecía que la luz no podía ser mera vibración, onda, cualquier nombre que se refiera al acto mismo o a la pasión misma del movimiento, que no podía ser movimiento puro, que no podía ser meramente vibración, meramente onda, sino que tenía que ser vibración de algo, a pesar de todo, vibración de algo (supongo que la formulación está lo bastante clara); y de ahí nacieron los fotones, ya un poco de la mano de Einstein y con más éxito posteriormente: la luz podría tener todo lo que se quiere de onda, de flujo, de movimiento, pero al mismo tiempo “de algo”; tenían que surgir esas partículas o corpúsculos maravillosos que eran los fotones, maravillosos porque, como ya de Einstein para acá se fue viendo, tenían que ser corpúsculos que, sí, pretendieran ser corpúsculos, pero que carecieran de ‘masa’ (lo que en las fórmulas aparece como una ‘m’, una eme minúscula de ordinario), que carecieran de masa, que hasta entonces parecía que era la condición necesaria para que se pudiera hablar de un corpúsculo o de un cuerpo: éstos eran los fotones, con los que no me quiero entretener demasiado. Pero por el lado en que los fotones son corpúsculos, son objetos del movimiento y no se deshacen en el movimiento mismo, por ello mismo son pasibles de gravedad, tienen que estar sujetos a alguna forma de ‘gravedad’, que desde luego no tiene que ver nada con la gravedad newtoniana, la gravedad clásica, que se viene a enlazar con ‘atracción entre cuerpos’; se les puede eximir de la condición de atracción según las leyes de Newton, pero evidentemente su propia corporeidad les condena a alguna forma de gravedad, otra forma de gravedad (no quiero acordarme de que entre los últimos cultivadores de los *quanta* algunos ya también han empezado a jugar con los “gravitones”, que comprenderéis que están mucho más allá de los fotones todavía en esta maravillosa carrera –eso no es de Einstein ¿eh?, esa exageración no es de Einstein: es de los últimos cultivadores de la Mecánica Cuántica). El caso es que la luz tenía que estar condenada a alguna forma de gravedad por el propio hecho de ser material, corporal, y entonces esto tenía que acarrear consigo, esta gravedad operando sobre la luz, tenía que acarrear alguna forma de curvatura (me remito a lo que os he dicho al principio respecto a recta y curva); evidentemente se entiende bien que cualquier forma de gravedad que afecte a algo que siga siendo corporal acarrea curvatura, tiene que acarrear, puesto que la Realidad es movimiento, una forma de infidelidad de la trayectoria a sí misma, de perpetua infidelidad de la trayectoria a sí misma. Y en efecto se puede decir, aunque de una manera muy grosera, que la luz de Einstein tenía que acabar por ser curva de alguna manera; tenía que acabar por ser curva y arrastrar con ello algunas otras formas de curvatura del propio Universo. Pero fijaos bien en lo que esto implica: es algo bastante terrible, porque, si la luz es así, tiene esa condición material, la luz con sus fotones, si es real la luz, si está por tanto sujeta al movimiento, es algo que se mueve, entonces no puede

menos de estar sujeta también a la velocidad y por tanto estar sujeta a la aceleración; porque aunque en el progreso de la Ciencia parece que las cosas vienen en este orden, movimiento-velocidad-aceleración, cuando se mira un poco desapasionadamente se ve que están del revés: sin aceleración no habría velocidad, sin velocidad no habría movimiento; de manera que la prioridad está del revés y supongo que lo entendéis sin darle muchas vueltas: si no hubiera aceleración, no podría haber velocidades distintas, de manera que la aceleración está de alguna manera como condición de las velocidades en cuanto reales; y, por supuesto, si no hubiera diferencia de velocidades, no podría haber ni siquiera movimiento; y si no hubiera movimiento, no habría realidad, porque la entidad de las cosas reales se consigue gracias a que se mueven, que la una es la misma aquí que allá, en relación con lo que al principio os dije respecto a que para que una cosa sea real tiene que ser dos veces la misma, por más imposible que ello sea. Entonces la luz tiene que estar sujeta a la aceleración y sin una ley que pare la aceleración progresiva, ya comprendéis que la luz se va al sin fin: se acabó lo de velocidad de la luz como un término *anypérblēton*. La propia condición de la aceleración, si no se inventa una ley especial que la detenga, se va al sin fin, porque la luz puede ir a la velocidad que quiera, pero si es posible de aceleración, puede seguir yendo cada vez más deprisa, y eso naturalmente quiere decir también condenar la Realidad a la infinitud, y eso es lo que la Ciencia no puede consentir.

Más adelante estas cosas se han ido denunciando, en el progreso, especialmente en los últimos decenios, de la Mecánica Cuántica, se han ido revelando por lo menos como cada vez más inevitables. La pretendida contraposición entre onda/corpúsculo, que ha sido el centro de la guerra de todo este siglo de Física, en verdad sufre una *Aufhebung* (el término hegeliano), una superación o levantamiento por acercamiento a la verdad, que consiste justamente en la que antes os he dicho: cuantificadores/significados. Hay una parte en la formulación de la Realidad, no en Física sino en una lengua corriente, que es cuantificación, y esa cuantificación tiene que operar sobre otra parte que es significado o idea. Y esto es lo que eleva a una región más cercana a verdad la contraposición meramente física entre onda o vibración y corpúsculo material. Esto se ha venido aclarando entre otras cosas porque se ha ido viendo que los entes llamados microfísicos, es decir, del átomo para abajo, se comportan de una manera cada vez más claramente distinta que las cosas corrientes, que los entes macrofísicos: tan separados, tan distintos, que en verdad se puede decir que esos entes, los corpúsculos, electrones y demás, no son propiamente visibles, perceptibles, como las cosas reales. En realidad solamente se producen en la cámara del experimento, y se producen con la condición del cálculo de probabilidades. Los entes microfísicos y sus movimientos, en vez de verse o percibirse, son simplemente un objeto de cálculo de probabilidades, son probabilidades. Y esto de las probabilidades, que parece una cosa tan sobada y tan real y práctica, que la puede manejar la Estadística y demás, es, sin embargo, como alguno de los propios físicos cuánticos declaran, es el gran misterio, esto de las probabilidades. En todo caso los entes esos microfísicos son –se puede decir– probabilidades. No se pueden “ver”, entre comillas, porque después de lo que he dicho de los ciegos arriba, ya comprendéis que esto está entregado a una duda muy profunda; pero no se pueden ver (entre comillas) como pretenden verse las cosas corrientes, macrofísicas, sino sólo calcular: es el cálculo el que viene a ser como un sustituto de la visión. No se pueden ver sino calcular. Y esto (supongo que a muchos de vosotros os suena) tiene que ver, la declaración de esto, con el Principio de Incertidumbre, que, como recordáis, quiere decir que respecto a uno de estos seres microfísicos, invisibles, calculables, respecto a uno de estos seres y su movimiento no se puede al mismo tiempo observar el *momentum*, que podemos traducir por

‘ímpetu’, que es una noción que tiene que ver con la de ‘masa’ pero que es distinta, no se puede a la vez observar el ímpetu y la situación; de manera que el físico o bien observa la situación del corpúsculo, pero entonces no puede percibir su *momentum*, su ímpetu, o bien observa su ímpetu, pero entonces no sabe dónde está, no puede observar la situación. Es así que entonces es el físico el que tiene que elegir (fijáos bien la intervención del físico en la física), es el que tiene que elegir entre observar lo uno y observar lo otro. Y esto, como comprendéis, hace que literalmente el observador se meta dentro de la observación, que es justamente lo que de una manera más o menos tímida o más o menos declarada ha venido agitando a los físicos, a los mecánicos cuánticos, durante todos estos tiempos: si el físico puede elegir qué observación va a hacer, esto introduce de una manera inesperada al Observador en lo Observado, al físico dentro de la Física.

Ya de antiguo, desde luego, (no hay nada que sea tan nuevo, aunque lo parezca en la formulación) ya entre los antiguos mismos la luz sucedía por un lado que se concebía como algo que te entraba por los ojos, te entra por los ojos, y aquí había una concepción de la visión que era esencialmente pasiva, pasiva: ‘ver’ era algún verbo que en alguna lengua de otro tipo que las nuestras no nos engañaría presentándose como un verbo activo, ‘ver’ querría decir padecer la visión: la luz te entra por los ojos; pero continuamente en los antiguos mismos y en general se estaba saltando a otra visión que era que la luz sale del ojo, la mirada, la mirada concebida como un rayo (como la veis a cada paso concebida por ejemplo en los tebeos, en las historietas, donde en determinados momentos al personaje le pueden salir efectivamente rayos por los ojos, cuando su visión se vuelve especialmente activa), de manera que, al revés, éste sería el mirar, que sería propiamente una acción sobre otra cosa [de] un Sujeto activo, como suele gustarle a los filósofos; porque el otro, el Sujeto del ver, esencialmente pasivo, resultaría paradójicamente que sería literalmente un objeto. Y esto es lo que nos acerca a estos avatares de la Mecánica Cuántica que he dicho, esta dualidad, esta vacilación constante que nos acompaña en la manera de entender la luz y de entender el ver.

La velocidad de la luz es una mera realización de la velocidad del pensamiento. La luz – os propongo ahora acercándome a terminar (vamos: acercándome a entrar en la discusión, que supongo que será larga) –, la luz –os propongo ahora– es una mera realización o realificación de eso a lo que aludo con ‘pensamiento’ como la palabra menos mala, aunque todas son malas para esto; todas son malas, porque todas implican un significado, y un significado quiere decir Realidad, y entonces el pensamiento en cuanto se le nombra se le hace también real, y no es eso lo que quería, porque lo estábamos contraponiendo precisamente a la Realidad. Si el pensamiento se hace de alguna manera real, entonces tenemos la luz: la luz es la realización del pensamiento (del pensamiento no real) y la velocidad de la luz, esa velocidad pretendidamente suprema, pero cuya supremacía he puesto en tela de juicio, la velocidad de la luz no es más que una realificación de la velocidad del pensamiento, que es una velocidad que no parece tener límite de ningún tipo: por más lejos que te pongan las costelaciones, que después de la Nova Beta de la galaxia de Andrómeda, que parece que es lo que tenemos más cerca acá por la Vía Láctea, te lleven mucho más allá, a cualquier otra galaxia de las que los físicos nos dicen, el pensamiento está allí y está de vuelta en un momento (pues allí estoy yo, en la Beta de Andrómeda; ya he ido; ya estoy aquí de vuelta). Como todo el mundo sabe, no puede haber ningún límite para eso; es completamente inútil que te las pongan más lejos cada vez, porque el pensamiento está allí, por ejemplo el pensamiento del propio físico que hace la teoría que establece una especie de bordes del Universo en expansión: pues está allí, de manera que su pensamiento ha ido y ha venido de vuelta, y hasta nos ha da-

do cuenta de su viaje. De forma que tan inútil es alejarnos las galaxias como inútil es hacer que la recta sea tan fina tan fina que al mismo tiempo sea real y al mismo tiempo no tenga espesor; tan inútil es un progreso como el otro progreso: se trata de la cuestión del más allá y el no más allá, de la cuestión de la infinitud.

Os propongo eso. Os lo propongo no como, por supuesto, una nueva teoría que yo os presente, sino como una especie de cosa que tiene que florecer sola de todo lo que os he dicho antes. Si no florece sola de todo lo que os he dicho antes, es que algo no marcha bien; pero si lo que os he dicho antes es exacto y claro, entonces de ahí tiene que desprenderse esta negación de la luz como algo simplemente real y su velocidad: es simplemente una realificación de esto otro que no es real, que no es real puesto que trata de la Realidad, a lo que torpemente llamamos pensamiento, lengua, razón, lógos, o cualquier otro nombre, que siempre es malo, por la razón que os he dicho.

Termino pues con el principio, con el principio hebreo: *ber<sup>e</sup>shit*, “En el principio” en el comienzo de la Biblia (Génesis es una traducción de los griegos que comprendéis que ya se las trae, porque en el texto hebreo la cosa empieza con una mera locución adverbial, *ber<sup>e</sup>shit*, “en el principio”, “en principio” –mejor todavía). Bueno, pues tres líneas más abajo sucede eso de *W<sup>a</sup>yyó<sup>e</sup>mer<sup>e</sup> <sup>e</sup>lohím*, “y dijo Elohim” (se emplea aquí no por supuesto el nombre de Yavé o Jehová o todo eso, se emplea este curioso plural *Elohim*, que sin embargo significa ‘dios’ pero que es plural todavía, y es así como se le llama aquí en el Génesis), *w<sup>a</sup>yyó<sup>e</sup>mer<sup>e</sup> <sup>e</sup>lohím*: “y dijo Elohim:”, “y dijo Dios:” *y<sup>e</sup>hí<sup>e</sup>’oór!*. Éste es el término que [nos interesa], aquí aparece, *y<sup>e</sup>hí*, que no es, aunque tiende a parecerse, no es propiamente un verbo, porque a lo que más corresponde en español es a nuestro ‘hay’, que no es tampoco un verbo propiamente dicho, es mucho más que un verbo, ‘hay’; y esto suele desde los antiguos traducirse como si estuviera...[[SE CORTA LA GRABACIÓN]]

Fijáos en el absurdo de que a un implemento como nuestro ‘hay’ se le quisiera colocar así, en plan de formular un voto o de hacer una orden. ‘Oór es el segundo término, el nombre que solemos traducir con ‘luz’, nuestro tema de hoy: *y<sup>e</sup>hí<sup>e</sup>’oór!* Fijémonos un momento en la traducción de la Vulgata, *Fiat lux!*, y me temo que en las traducciones españolas dirá incluso “¡Hágase la luz!”, lo cual es más grave todavía por el metimiento del artículo, en el que voy a insistir un poco todavía. En hebreo hay artículo y aparece después, en el versículo siguiente, pero aquí no; aquí dice *y<sup>e</sup>hí<sup>e</sup>’oór*, es decir, que en todo caso tendría que ser “¡haya luz!” poniéndolo en tercera persona, tómesese como orden o tómesese como voto “¡haya (luz)!”. La verdad es que para penetrar más en ello tendríamos que romper esta frase en dos, de las cuales una estuviera en la modalidad de mandar, en la modalidad yusiva, y otra en la modalidad de llamar, de forma que eso en latín fuera más bien algo, más que *fiat lux*, fuera algo como *fi! lux!*, es decir “¡hayas! (¡hayas!, ¡jéstés!, ¡hágaste!, ¡seas!) luz!”, dos frases (vamos, “¡seas!” no se puede decir, porque ‘ser’ es una cópula, y, si se hacen dos frases, no hay predicado), de manera que tendría que ser algo del tipo de “¡hayas, estés aquí, hágaste!, ¡oh luz!”.

Sobre ello volveré, pero quiero recordaros un poco cómo sigue el texto de la Biblia. Dice Elohim *y<sup>e</sup>hí<sup>e</sup>’oór*, y a continuación dice la Biblia: *w<sup>a</sup>y<sup>e</sup>hí<sup>e</sup>-’oór* (*w<sup>a</sup>y<sup>e</sup>hí<sup>e</sup>*, con otra forma del mismo ‘hay’: tenemos que decir algo del tipo de “y hubo”) “y hubo luz”. Sigue sin estar el artículo: “y hubo luz”, *w<sup>a</sup>y<sup>e</sup>hí<sup>e</sup>-’oór*. Y luego [*w<sup>a</sup>yyér?*]\* *w<sup>a</sup>yyár<sup>e</sup>’<sup>e</sup> <sup>e</sup>lohím* (con

---

\* En corchetes una duda de transcripción: lo que parece sonar en la grabación es más bien *w<sup>a</sup>yyér*, pero nos aseguran por otro lado que la transcripción correcta debe de ser la que sigue. Salvo esta frase, *w<sup>a</sup>yyár<sup>e</sup>’<sup>e</sup> <sup>e</sup>lohím ki-tóov*, el resto del texto hebreo viene transcrito tal como aparece en el libro *Contra la Realidad*.

este verbo que está compuesto de una *resh* y un *aleph*, que suele traducirse por ‘ver’ precisamente, uno de nuestros verbos de hoy): [*w<sup>a</sup>yyér?*] *w<sup>a</sup>yyár<sup>e</sup>*, utilizando los tiempos de nuestros verbos, siempre infieles, sería “y vio”, “y vio Elohim” *et-h<sup>a</sup>’oór* (aquí aparece ‘oór con su artículo, h<sup>a</sup>’oór) “y vio Elohim a la luz” *ki-ṭoóv* “que buena”, “que era buena”, pero el “era” no está: “y vio Elohim a la luz que buena, que era buena”. De manera que ya veis que surrepticiamente se nos está, al contar la aparición de la luz, se nos está colando la contraposición fundamental de todas, que es entre bueno y malo. Porque luego sigue contando la Biblia (y ya no os cito el testo hebreo) “Y hizo Elohim separación entre luz y tinieblas; y llamó a la luz día y a las tinieblas noche, etc”: no tiene ya mayor interés para nosotros. Pero por lo pronto, Elohim, Dios, ve, mira a la luz (éste es un verbo verdaderamente activo en hebreo, éste *ra’ah*, *yár<sup>e</sup>’ah* [*r<sup>e</sup>*, *yar<sup>e</sup>’??*]) “mira” *et-h<sup>a</sup>’oór* a la luz y ve que es buena, de manera que la contraposición que se separa no es entre noche y día, es entre bueno y malo, y ésta es la contraposición por esencia. Claro, aquí podemos sospechar los mal pensados, que a lo mejor somos los bien pensantes, que, como todas las contraposiciones, está hecha del revés; está hecho del revés: se nos quiere presentar la realización de la luz como lo ‘bueno’ para contraponerlo a lo otro que queda por fuera, que son ‘tinieblas’, es decir, nosotros bien-malpensantes diríamos lo que no se sabe, lo desconocido; y probablemente esa contraposición entre bueno y malo está ahí hecha fundamentalmente del revés, como suelen estar. Pero importaba sobre todo que ahí ya aparece *h<sup>a</sup>’oór*, con artículo, “la luz”: ya, una vez producida la creación, la realificación, en el versículo anterior, ya se la da por establecida, ya se la llama “la luz”, no simplemente “luz” en activo, sino “la luz” con toda su denominación.

Bueno, ¿qué os estoy sugiriendo, especialmente cuando os digo que la Biblia podría corregirse, especialmente en el sentido de entender la frase inicial de la Creación, el *y<sup>e</sup>hí’oór*, entenderla como dos frases, como un *fi!* *lux!*, “¡¡estés ahí, hágaste, hayas, hayas!! ¡luz!”? Os estoy sugiriendo que hablar es hacer, hablar es hacer. Y termino con esta observación, porque me parece muy importante, sobre todo teniendo en cuenta hasta qué punto os engañan todos los días en el sentido contrario. De manera que, por más que ahora me quedara parado otra media hora repitiendo “hablar es hacer”, pues no sería lo bastante, dada la potencia del engaño, donde os quieren hacer creer que una cosa es hablar y que después se pasa a la realización, de los proyectos, de las ambiciones, de lo que se ha hablado, y sólo así funcionan los negocios. Por el contrario, hablar es hacer, y en esa formulación sería así: es el hecho de lanzar el vocativo, *’oór!*, lo que la hace aparecer.

[[Alguien sugiere “es el sonido”]] Ah, no, el sonido no, no: la palabra palabra, la palabra hebrea costituida, vamos, o española –da igual–, la palabra; nada de sonido, la palabra, que es un abstracto, que es un abstracto porque, como sabes bien, sabéis bien, en verdad nunca dos cosas pueden ser la misma, pero en cambio la palabra *’oór* y la palabra ‘luz’ que aquí hemos estado repitiendo, se pretende que, para que la cosa funcione, cada vez que se dice es la misma. ¿No parece mentira? Pero es real. Es mentira, porque nunca lo puedo haber pronunciado (luz, *’oór*) de la misma manera; es mentira, pero es real, es la condición de la Realidad.

Bueno, aclarando también que esto de que hablar sea hacer exige que en el segundo término, ‘hacer’, hagamos una división, porque razón, lógos, pensamiento, lengua, que es lo mismo (todos los nombres son malos, pero por lo menos sepáis que todos aluden a lo mismo), “hace” de dos maneras contrapuestas. Una es ésta del Génesis: fabrica reali-



dad. Por ejemplo, según lo que os he sugerido antes, hace que el pensamiento, que se contraponía a la Realidad porque hablaba de ella, se convierta en una realidad, “luz”, se realifique como luz. Y ésta es una de las labores del pensamiento, fabricar realidad, desde el Génesis hasta las últimas formulaciones de los mecánicos cuánticos que os he citado. Y la otra labor es la contraria: descubrir la falsedad de la Realidad. Es esta segunda labor (apenas hace falta decirlo) a la que nos hemos estado dedicando este rato, esta segunda y contrapuesta labor del pensamiento. Y espero que ahora nos dé tiempo para dedicarnos todavía un poco más a ello, de manera que ¡adelante! –después de un breve silencio que supongo que se producirá de todas maneras, pero que dará lugar a la sucesiva...

–Bueno a mí me parece que en principio eso [es lo] mismo que has dicho antes, me parece: la forma, esa forma de ser de la luz, me ha parecido que en realidad lo que estaba haciendo o lo que querías decir es una especie de evocación o invocación...

–Sí, es una de las labores que acabo de decir. Una de las labores del pensamiento es realizar, fabricar la Realidad, lo cual implica todo eso del orden, y antes del orden implica lo de la mismidad, que es una mentira, pero dos cosas tienen que ser la misma a pesar de que sea imposible... todo eso que después se puede prolongar diciendo cosas como la ordenación y demás. Antes está la identidad, para la creación; y ésta es una de las dos labores del pensamiento.

–Una esfera que vaya creciendo infinitamente ¿en qué [sitio...]?

–Una esfera es –vamos a decir–, introduciendo las dimensiones, es una clase de curvas. Os lo advertí claramente: eso de que sean infieles diferentemente no se refiere a las curvas concretas, sino a las clases de curvas; de manera que todas las esferas son la misma. Todas las esferas son la misma, y la infidelidad de la curvatura de una esfera es distinta de la infidelidad de la curvatura de una parábola. La diferencia es no entre una esfera y otra, sino entre clases de curvas.

Bueno, vamos a ver si veo que... Sí, había un par de ellos, tú y ahora tú, un poco tal vez excesivamente lanzados; ni siquiera me dais tiempo a respirar un momento. Contaba con que sí, hubiera un poco de silencio, pero bueno, si no lo hay, pues ya lo habrá después. ¡Venga, adelante!

–Cuando Heráclito dice en uno de sus fragmentos algo así como “todo lo timonea el rayo”, ¿ahí qué quiere decir con el rayo?: ¿que todo lo gobierna el fuego, o que todo lo gobierna la luz, o las dos cosas a la vez? Que es curioso...

–Es muy complicado. En el *Razón común* le he dado vueltas a eso, y hay que...

–Pero es curioso que el fuego sea a la vez destrucción de todas las cosas, disolución, es decir, indefinición, todas las cosas fuego, y en tanto que luz, que es lo que sale del fuego, es todo lo contrario: claridad y delimitación, es decir, límite de todas las cosas. O sea que ¿es la misma operación y su contraria la que gobierna el fuego?

–No. No; y no sé qué ganamos con traer aquí otra cuestión, porque ya lo que he traído, aunque lo he hecho muy escueto, era lo bastante complejo para que no se gane nada con traer todas las cosas que he sacado en el *Razón común* de Heráclito, donde ‘fuego’, para hacerlo brevemente, quería decir “el nombre que *lógos*, que la razón se da a sí misma en

cuanto se hace real”. Eso es lo que dice exactamente, y el rayo que figura en el último fragmento de mi ordenación no es el fuego, es otra cosa distinta, que tiene que ver, desde luego, más con lo que hoy he hablado; tiene que ver con la cuestión de la velocidad del pensamiento, que siempre tiene que ir más allá de todas las velocidades: el rayo es un buen ejemplo. Bueno, apenas tengo que decir que todo lo que la Física maneja como ‘electricidad’ y cosas por el estilo está dentro de la noción de luz, de realización de la luz, y el rayo por tanto también. Claro, a Heráclito mismo le parecía que el rayo tiene tal velocidad que está al mismo tiempo allí que aquí, es decir, está al mismo tiempo en la nube y hiriendo la encina. Y en cierto modo es así, porque para eso el rayo... la luz es una realización del pensamiento.

Entre paréntesis, sí, ‘electricidad’, ‘luz’, etc., pero ‘información’, en el sentido en que se usa el término en informática y tanto, es otra cosa distinta.

En la cámara de las probabilidades los mecánicos cuánticos se ven obligados a reconocer que para que un corpúsculo influya sobre otro, en la transmisión de información tiene que ser superior a la velocidad de la luz: una de las maneras de presentar el enredo, que se me había pasado decir al paso. Tratándose de corpúsculos de éstos que no se ven sino que se calculan, es decir, que son probabilidades, observando sin embargo la moción y el influjo del uno sobre el otro, resulta que el observador, el físico, tiene que reconocer que la transmisión de información de un corpúsculo a otro ha de hacerse a una velocidad superior a la de la luz. Lo cual, por otro lado, en otra forma de la teoría, no podía ser, porque era una velocidad límite. Bueno, no saquemos más cosas, sino más bien centrémonos en las pocas que os he sacado yo. Así que ¡adelante!

—...con el círculo ¿qué pasa? Si dices que la curva es siempre infiel a sí misma, y si los antiguos por ejemplo consideraban el movimiento circular la forma más [equilibrada ¿?]

—Sí, vamos: es perpetuamente infiel a sí misma, como toda curva, y constituye, como la esfera que antes ha salido ya, un tipo o clase de curva. Es perpetuamente infiel a sí misma: imaginándola por puntos, si dos puntos no estuvieran descolocados el uno respecto al otro (es una manera muy grosera de decir, pero utilicemos esta imagería), si dos puntos sucesivos no estuvieran descolocados el uno respecto al otro no habría curva, sería recta. Sí

—Entonces ¿se puede pensar también que la materia es una realización [...] Así como la luz es una realización del pensamiento, la luz...

—Ten en cuenta que en esta forma de teoría que he presentado es materia, en el sentido... (porque la palabra ‘materia’ es un terminacho aristotélico que no hace más que estorbar, y yo no la he empleado para nada, pero la palabra ‘realidad’)... es real, es real. “Es real” quiere decir que se puede hablar de ella, como aquí en la Biblia, como en las teorías físicas... Es real, y está entre las otras realidades, si es eso lo que te preocupaba. Os he anunciado que la noción de ‘cosa’, que generalmente la teoría se la salta siempre, es infinitamente astrusa y complicada (prefiero no entrar en ello); pero desde luego [la luz] es una... pretende ser una cosa entre las cosas y por tanto formar parte de la Realidad. Y si el pensamiento se deja llamar ‘pensamiento’ (o no digamos si se le llama cualquier cosa horrible como ‘mente’ o cosas por el estilo), pues también: entra a formar parte de la Realidad.

—Es una pregunta: origen [...] determinar, decir...

–Suenan un poco a filosófico eso.

–¿No estamos en Filosofía?

–No, no, no. Este rato, desde luego, para nada, no. Vamos, a no ser que... Venga!

–Que qué opinabas de eso.

–No, pero es que no sé bien qué quiere decir, de verdad. Origen o concurrencia es una formulación que me...

–Me cuesta [...] Nos has eliminado el punto de la existencia.

–No, no, no: lo que he dicho es que en el *De los números* se me ocurrió partir de la noción de la recta, y por tanto de la noción de fidelidad a sí misma de la idea, para evitar partir del punto, que me parecía completamente intratable, y me sigue pareciendo completamente intratable. Mientras que si partía de eso de la idea perpetuamente fiel a sí misma, luego podía partir de diferencia entre ideas exclusivamente por su dirección, y por tanto obtener intersección, que sería lo que por primera vez me definía el punto. O sea, que no es que lo eliminaba, sino que lo retrasaba –digámoslo así.

–Sería constituyente. En todo caso estaría bien fundado el axioma, aunque falsamente.

–En todo caso sería, en esa teoría (que no estoy obligado a mantenerla, después de tantos años; pero bueno...), la que os he citado del libro *De los números*, en esa forma de visión de la Geometría sería posterior a y resultante de una previa definición de recta. Claro, luego se puede añadir que una vez que frente a la recta se han introducido las curvas, diversas, se puede decir que también la intersección de curvas da lugar a puntos: también la intersección de una parábola y una circunferencia parece que podría ser un punto; pero vamos, eso ya sería posterior, puesto que lo más elemental era la recta. Lo introducimos en el momento que dos rectas se cruzan, como intersección, como punto de intersección.

¡Venga! Hay cantidad de cuestiones. Os lo he hecho un poco demasiado escueto todo. No querría marcharme sin que alguno se quedara con muchas oscuridades.

–¿Qué es entonces la existencia de una línea, una recta? ¿A qué obedece la existencia de una línea? ¿Cuál es el principio?

–Tenemos ideas. ¿Por qué tenemos ideas...?

–¿Solamente la idea?

–Sí, puramente idea. Identifico recta con idea: es puramente ideal, puramente ideal, una recta [es pura] idea.

–Eso es lo que nos has dicho.

–Y además tiene que ver con eso que he dicho de la necesidad del absurdo de que dos cosas sean la misma, o una cosa dos veces sea la misma cosa. Sí.

–[...] lo que yo no acabo de entender es lo del corpúsculo [...]

–Sí; efectivamente lo he dicho, como casi todo lo que he dicho, de una manera tal vez excesivamente escueta; pero vamos, por lo menos lo podemos repetir. Sí, he dicho que eso que en la teoría física ha venido debatiéndose como antítesis entre onda y corpúsculo (como queráis: vibración/partícula... todo es lo mismo), onda/corpúsculo, no es más que un descenso a la Realidad, respecto al cual presentaba como una *Aufhebung* a lo hegeliano esa elevación al nivel más abstracto que consistía en decir que en verdad eso no era más que una reducción a términos físicos de lo que en esa región más abstracto es antítesis entre los dos constituyentes de toda realidad, que son, por un lado las ideas o significados del vocabulario de una lengua determinada (eso es lo que correspondería en física al término ‘corpúsculo’, ‘partícula’ ) y los cuantificadores, sin los cuales tampoco hay realidades, los cuantificadores, que afectan a esos significados, y que corresponderían en Física al término ‘onda’, ‘vibración’ o lo que fuera. Sí, os aclararé (pero esto lo he hecho otras veces mucho más estensamente): efectivamente para que haya significados establecidos en una lengua, se exige poder contar; sin cuantificadores las ideas no se establecen, es decir, si puede haber una idea de ‘oveja’ es gracias a que todas las del rebaño son ‘oveja’, a que se las ha contado. Si no hay cómputo, no hay significado. Esto es otro axioma que tengo que pasar muy por alto: si no hay cómputo, no hay significado tampoco. Por supuesto, si no hay significado, tampoco hay cómputo: si no se da que todas las ovejas son ‘oveja’, no se las puede contar, porque, como os enseñaron en la escuela, peras con manzanas no se suman; de forma que se exige que efectivamente el significado esté establecido y por tanto la relación es literalmente dialéctica: sin significados no hay cuantificación, sin cuantificación no hay significados. Ésa es la constitución de la Realidad, porque claro está que de esta definición de Realidad quedan escludidos (y no me voy a meter en ellos ahora) los nombres propios, que no son propiamente de la lengua o de la razón; me estoy refiriendo a palabras con significado, lo que en nuestra lengua son nombres o verbos o eso, las cuales implican esta abstracción: tienen que haber aparecido casos de lo mismo y la declaración necesariamente mentirosa de que todas son lo mismo. Ése es el fundamento mismo de la Realidad. No sé si... Te tomo a tí como testigo de claridad: ¿queda lo bastante claro –tú crees?

–Sí. Después está lo de [...]

–Bueno, una física es una física; es decir, como...no me acuerdo si es el propio Barbour, del que he sacado su reseña de una teoría de la posibilidad de una física sin tiempo, el que lo decía, pero en fin, algún físico actual te decía que “La misión de la Ciencia es salvar las apariencias”, y eso es exacto: la Ciencia está para eso, salvar las apariencias; salvar las apariencias, que, como digo, probablemente es una declaración del propio Barbour, de un físico en todo caso. Entonces la aristotélica y también la epicúrea, aunque se contrapongan, tienen esta condición, tienen que salvar las apariencias. De forma que no pueden presentar, no pueden dejar que se inmiscuya mucho en la teoría ningún descubrimiento del tipo de los que aquí he presentado rápidamente, casi como el rayo; no pueden dejar: eso está en contra. Se trata de sostener la Realidad, dar razón de la Realidad, y eso vale para cualquier ciencia.

Respecto a la luz, en lo que recuerdo ahora, las cosas que dice Aristóteles no tienen mayor sustancia ¿no?; daba por supuesto esto, y hay alguna ocasión (no sé si es en el *de anima*) donde puede que la noción de visión como pasiva, no como activa, aparezca. Pero en cambio la teoría de Epicuro sí se mete con ello, y se mete por el camino de eliminar la luz como medio; pero él cuenta con que la luz está ahí como una realidad, pero, para explicar la percepción, para explicar la visión, hace eso otro que os estuve diciendo: hace que de las cosas (había que decir “incluso de la luz misma, de un rayo de luz misma si es que es una cosa”) se estén constantemente desprendiendo ídolos a esa velocidad insuperable ¿no? La verdad es que, aunque veáis que me río bastante del progreso de la Física que aquí os he sacado, sin embargo hay que reconocer esta contradicción: que nunca ha llegado por su propio progreso la Física a extremos como los de no diré ya Einstein sino la propia Mecánica Cuántica actual como para descubrir la falsedad de la Realidad en contra de la misión de la Ciencia. Esta alabanza contradictoria hay que hacerle a la Ciencia, sí, [de manera que] se utiliza.  
Más oscuridades, por favor.

-Sí, respecto al artilugio del cinematógrafo, que parece que trabaja fundamentalmente con luz y movimiento y es quizá el aparato que más puede acercarse a una reproducción de la Realidad con la velocidad ésa de 24 fotogramas por segundo, que es lo más parecido al efecto de realidad, sería interesante precisamente como artilugio de realificación a través de un proceso de aceleración y retardamiento de esa velocidad, mucho más que cualquier otro instrumento de las Artes. ¿Podría [...] realificación de la Realidad?

-Eso le pasaría también, como he dicho de la Física, en contra de sus intenciones, porque el artilugio en sí está hecho para reproducir de la manera más precisa, y cada vez más precisa, las condiciones de la Realidad. Fijaos bien respecto a la cuestión lógica...

-Pero respecto a la [...] técnica, sería muy interesante el aprovechamiento de esta cualidad de realificación.

-Respecto a la cuestión lógica, que es la que nos interesa respecto a eso, os he dicho: la condición de la Realidad es que se crea este imposible de que dos veces una cosa es la misma cosa, aquí que allí, ahora que después; ésta es condición esencial. Está claro que, cuando el cine era todavía torpe, la separación de momentos exigía que la operación de la fe fuera un poco más severa ¿eh? para que prescindieras, prescindieras del intervalo y efectivamente las condiciones con las que tuviera[s] que contar fueran las de la visión de la realidad corriente; y el progreso del cine, por supuesto, ha consistido esencialmente en eso: por medio del aumento de la velocidad y de cosas por el estilo, imitar esas condiciones por las que en la realidad corriente vemos o nos creemos que vemos cosas ¿no?. Sí, ahora, que evidentemente al Cinematógrafo le puede pasar como a la Ciencia, que en contra de su propio estatuto, que es ése, que es el de ratificar la Realidad, pues se pueda convertir en un descubrimiento de su falsedad. También en el curso cinematográfico estaba razón.

Sí.

-¿Qué se adelantaría con descubrir la falsedad de la Realidad?

-¿Qué “se” adelantaría? ¿Quién es “se”?

-[...]

-No, no, si está muy clara tu pregunta. Te pregunto yo a mi vez que quién es “se” en tu formulación.

-Es que no sé qué...

-¿Qué se adelantaría? ¿Quién?

-[...]

-Es que es... Evidentemente, yo creo que si “se” se toma, como es en buen castellano, como un impersonal, al mismo tiempo la pregunta, al mismo tiempo que deja de tener sentido, se vuelve honrada; porque así, en lo común y lo impersonal, por supuesto, la verdad, aunque me cueste la vida; en lo común y lo impersonal. Y a la verdad no hace falta preguntarle utilidades.

Ahora, si “se adelantaría” quiere decir “una persona”, “esta sociedad”, “la Humanidad”..., entonces desde luego habría que decirle “No: no adelantaría nada”. No adelantaría nada; por el contrario, la eliminación de la falsedad de la Realidad implicaría la eliminación de la realidad de las personas (de esto creo que hablaremos mañana en Bellaterra en Psicología más detenidamente); implicaría, desde luego, la falsedad de la Realidad la realidad de cada persona, de las personas, y por tanto ni que decir tiene que de los estados, de la sociedades, del Hombre ése mayúsculo de la Humanidad: a éstos no les conviene para nada; ¿cómo les va a convenir, si son reales?, ¿cómo les va a convenir que se descubra la falsedad de la Realidad?

Sin embargo, el “se” manteniendo su sentido impersonal es otra cosa. Porque a lo común, a lo que no es nadie, a lo que no es real, al pensamiento mismo, que es el sentimiento mismo, a ése no le hacen falta utilidades: la verdad (es decir, el descubrimiento de la mentira), cueste lo que cueste, y sin más razones. A la verdad no le hacen falta razones.

Bueno, así divido tu pregunta en dos sentidos completamente contrarios.

¿Qué más por ahí?

-Creo que un plano es la representación, el modelo [...] diseños, [sobre la que usted...] para definir su realidad. Pero, sin embargo, en lo último de tu [...] o a la luz [...]

-No hay diferencia ¿eh? He dicho que la Realidad es necesariamente ideal. La luz como objeto es la luz como idea, sea la idea vulgar o sea la idea sostenida por una ciencia, pero la condición de objeto real implica su idealidad; sin idea no hay realidad; la Realidad es idea ¿no?. Hay, como acabo de decir, por un lado idea, significado, y por otro lado cuantificación; y con esas dos condiciones se cuenta para la luz.

No, no: cuando he dicho que se realiza, que es una realización, quiere decir que se hace una realidad tal como la que vulgarmente y en la Ciencia se pretende que es, una cosa de la que se puede hablar, se hace real; porque el pensamiento, en cambio, en la medida en que habla de la Realidad no es real.

Sigue, sigue insistiendo si no está claro: o tú o cualquiera. Venga!

-Sin embargo, que es lo mismo idea que Realidad, a mí eso [...]

-No, no es así. Que la Realidad está compuesta de idea y cuantificación: sin significados propiamente dichos, en la lengua que sea, no hay Realidad; sin cuantificación tampoco; lo cual es una colaboración perpetua, sí.

-Pero que esa [razón ¿?] infinita tampoco sé dónde queda...

-No puede ser de verdad infinita; sólo puede tomar una velocidad falsamente infinita, porque la Realidad es falsa. Por tanto, si en la Realidad la Ciencia por ejemplo (la Ciencia o la Teología) introduce 'infinito', ese infinito ya es un infinito mentiroso, ya no es de verdad sin fin; es un infinito introducido en la Realidad. Por eso la velocidad de la luz no puede declararse infinita más que falsamente. Es decir, que puede ser "infinita" medida con alguno de los lenguajes matemáticos que incorporen ya la idea de infinito, pero no eso de "siempre más allá, más allá, sin límite, sin ley ninguna" de que antes he hablado, lo cual eso ya es inasible para la Ciencia y para cualquiera ¿no?; nunca puede ser eso: tiene que optar por ser "insuperable", después encontrarse con la paradoja de que haya que suponer en la misma teoría velocidades superiores a las de la luz, puede contarse con ella como "infinita", pero "infinita" representado por el término del lenguaje matemático que ha introducido ya el infinito en la Realidad, donde no cabe en verdad, no cabe: en la Realidad no cabe infinitud de veras, sólo falsas infinitudes. Venga, que no os quede algo así remejiendo demasiado por lo bajo!

-Pensaba en lo del pensamiento como creador de realidad en los sueños, por ejemplo, por lo que decías de los ciegos, que es un ver en un sentido más profundo; y que los sueños me parece como lo del cine que decía Isabel, que ahí a lo mejor está claro que se crea realidad con el pensamiento, así que... bueno, está lo de la luz ahí.

-Sí. La verdad es que acudir a los sueños no aclara mucho con respecto a la realidad corriente, que también es un sueño, pero se puede utilizar en algún otro sentido. Yo lo he hecho. La parte de los sueños que son reales, pues es como la realidad real, es decir, está hecha lo mismo de ideas, significados, movimientos y luego está este problema que es justamente a uno de los que les hemos estado dando más vueltas en la Tertulia Política del Ateneo de Madrid: la separación entre dos realidades y una cosa en el medio que no es cosa, que no es realidad, que es meramente acción. Muy brevemente, hay una realidad que es la realidad del durmiente, que es el mismo –se supone– que el despierto, la vida que lleva, las personas que conoce, que van a dar lugar a los o bien traumas o bien materiales inmediatos en la teoría freudiana. Eso es una realidad. Del otro lado está la realidad de lo que se está soñando, que es igual de real que la otra, es simplemente otra realidad, que se fabrica de las mismas maneras. Y luego por fuerza, entre una realidad y otra, en medio está el soñante, que no es ni el durmiente ni la figura de sí mismo que puede aparecer en la realidad soñada; y éste no es real: el soñante carece de realidad, ése carece de realidad, se agota en la propia acción de soñar (acción o pasión –me da igual), en la propia acción o pasión de soñar; se agota ahí, no tiene realidad ninguna. Tienen realidad los otros dos, y por tanto se trata de una elaboración o transformación de una realidad en otra. Ya la vida corriente se fabrica con las ideas y la cuantificación necesaria, el sueño se fabrica utilizando, en parte, materiales de la vida del durmiente y... bueno, por presentar la cosa así un poco deprisa. Mirad a ver si queda alguna cosa más!

-Bueno, yo quería preguntar sobre eso de la velocidad y del pensamiento. ¿No es que la velocidad del pensamiento ya de por sí es una realificación de algo que no es real?

-Sí.

-¿En qué consiste? Porque de hecho, esa velocidad del pensamiento pues consiste en que de alguna manera lo que desde el vocabulario del lenguaje o el conjunto de los significados está ahí todo a la vez, está disponible en cualquier momento (bueno, en este caso incluso los nombres propios y demás cosas que uno sabe), que la realidad está ahí como todo a la vez y se puede pensar en cualquier momento, se puede [editar] en un acto de habla o incluso de habla silenciosa, de pensamiento, en cualquier momento. El imaginar esto, este proceso, a su vez como un proceso real, que puede ser [a] una velocidad como la de los objetos físicos o reales, ya de alguna manera pues parece que ahí ya empieza a liarse la cosa; [...] como hace Epicuro, y, claro, ahí también está la idea de que a lo mejor puede haber objetos físicos, seres reales, que se muevan a esa velocidad, que en realidad es la simultaneidad de los pensamientos. Con lo cual por cierto se me ocurre que ya mucho antes de la Ciencia ya está en Homero por ejemplo la idea de que los dioses viajan a la velocidad del pensamiento, en aquel pasaje sobre el viaje de Hera que decía... no me acuerdo cómo era... “que allí estoy, que ahí sea...” ¿Tú te lo sabes?<sup>1</sup>

-Sí. Hay... a veces, a veces. A veces no viajan a tanta velocidad los dioses, pero bueno, eso es lo de menos. Lo importante es lo que dices, sí: si yo hablo de la velocidad del pensamiento, estoy ya traicionándome (eso es por fuerza), estoy filosofando, como he tenido que hacerlo por fuerza en algún momento. Aunque sea para decir que esa velocidad del pensamiento se contrapone como no real a la velocidad de la luz con sus pretensiones de insuperable, aunque sea para decir esto, al mencionar la velocidad del pensamiento pues me he traicionado por fuerza, en la medida en que hablo de ello. Lo que pasa es que he utilizado este truco que utilizaba la tradición para sugeriros, efectivamente, que la luz se vuelve real y por tanto relativamente lenta, medible, con una velocidad, a la que se quiera, por realización, porque se hace real; pero el pensamiento, del que no hablo sino que está hablando acerca de la Realidad, ése está exento de la medición, del cómputo de velocidad ninguna. Efectivamente cuando os pongo ejemplos como éstos, cuando os digo “¿Me dicen la Nova Beta de la galaxia de Andrómeda? Ya estoy allí; ya estoy de vuelta.”, pues no es exacto, porque he tardado en decirlo y vosotros en enteraros. Eso sería así. En realidad incluso el hecho de que la formulación tenga que hacerse real en el sentido de formularse en un idioma determinado y según las reglas de sucesividad de cualquier gramática, eso ya efectivamente enlentece la velocidad: mi viaje a Andrómeda se ha hecho mucho más lento de lo que debía.

Como acaba de decir Luis Bredlow, habría que hablar de simultaneidad, con tal de que... (lo digo entre paréntesis: esto es otra de las grandes cosas que a Einstein lo traía loco; él percibía bien que la noción de simultaneidad era incompatible con cualquier forma de Ciencia, la noción misma de simultaneidad)... la noción de simultaneidad sólo puede entenderse como una negación, como una negación: “no tiempo real trascurrente”, “sin tiempo real trascurrente”. Y esa simultaneidad, naturalmente, tiene que ver con esa especie de anulación de la oposición entre pensante y pensado de la que hemos estado hablando todo el rato.

¿Qué más quedaba por ahí?

-Si [...]

---

<sup>1</sup> *Iliada* XV, vv. 78-83 “Tal dijo y no desoyó diosa bracicándida Hera; / que al alto Olumpo dejando marchó las cumbres Ideas; / y, tal como el pensamiento de un hombre, que ancha la tierra/ se lanza toda a correr y en magín curioso la piensa, / y mucho cavila de andar, “que si estoy aquí, que allí sea”, / así de veloz lanzada voló la gran diosa Hera.”



-Sí, sí: son hermanas, hermanas. En el desarrollo de la Ciencia son hermanas. Ya he dicho antes que ‘velocidad infinita’ quiere decir falsamente infinita, porque implica un tipo de infinito que está ya incluido en el lenguaje de la Matemática al servicio de la Ciencia. Bueno, es hermana porque a la ‘velocidad instantánea’ también le pasa algo (precisamente acabamos de hablar de simultaneidad): por no ser capaz de tomarse en serio la condición puramente negativa, puramente negativa, de simultaneidad, que quiere decir “no tiempo trascurrente”, por tanto “no movimiento, no velocidad, no aceleración”, en vez de eso se quiere hacer real también al instante (esto tiene que ver, por cierto, con la cuestión geométrica del punto, que antes hemos estado debatiendo), se quiere hacer también real al instante, de una manera absurda, y entonces se inventa eso de la ‘velocidad instantánea’, con la que juegan la mayor parte –no todas–, la mayor parte de las teorías físicas actuales. No es la misma trampa que lo de la ‘velocidad infinita’, pero se puede decir así, que son como hermanas, dos falsificaciones como hermanas ¿no? ¿Qué más?

[FIN DE LA GRABACIÓN]

Barcelona, 17-11-2000